

na novelística del petróleo.

## Apéndices

Fragmentos relativos al tema del petróleo de novelas anteriores a la primera **petrolera**, propiamente dicha, de ésta y de otras obras poco asequibles.

### Apéndice I

AYALA A., Ramón. *Lilia* (Ensayo de novela venezolana)

Caracas. Tipografía Americana. 1909. 126 p.

“Y Juan dijo:

—¡Qué de cosas sufre uno por salvar la vida!

—¡Y también para salvar la patria! —dijo Carlos;— más quien sabe si ella sabrá agradecerlo. A veces se me vienen a la mente ideas pesimistas, ideas que quieren como destruir nuestras tendencias honradas. A veces me parece que todo esfuerzo que uno haga es tiempo perdido, como si arásemos aquí, en el mar:

—No, no hay nada perdido; toda labor bien intencionada tiene que surtir su efecto, tarde que temprano. Quizá nosotros no lo veremos, pero sí las generaciones futuras, y hay que trabajar para el mañana.

Un país como el nuestro tiene que reaccionar: ¡Un país que la naturaleza ha colmado de tantos dones, un país cuyas vírgenes riquezas constituyen la codicia de otros pueblos, tiene por fuerza cómo vivir! un país que posee todos los climas, desde las glaciales crestas de Los Andes hasta las ardorosas planicies de los llanos; un país que, en las selvas intocadas del gran Orinoco, reconcentra el porvenir de toda una raza, no puede perecer nunca!

Sus minas de oro, de cobre, de hierro, de asfalto, estas últimas las más gigantes de la tierra, están clamando por la mano de la civilización; nuestros dilatados campos anhelan que se abran las válvulas a una inmigración laboriosa y honrada, que venga a arrancar a la fertilidad de su suelo, todo lo que en él encierra. Sobre la base de la agricultura se han hecho poderosos y ricos otros pueblos del orbe.

Vete, Carlos, al Plata, y tendrás el ejemplo de la Argentina. Rosas tiranizó aquel pueblo por espacio de 23 años y ve la creciente prosperidad de que hoy disfruta. Y no creo que Venezuela, desde el punto de las riquezas naturales sea inferior a aquel progresista país del sur; todo lo contrario. A esto se agrega su posición topográfica, llamada a ser más importante todavía cuando el Canal de Panamá haya conectado los dos océanos.

No desfallezcas... Carlos.

—No, son ideas pesimistas que me vienen a veces, ideas que luego son desechadas, mucho más al hacerse uno esas consideraciones que tú has manifestado de manera tan brillante. Pero... uno espera... y espera un Mesías que nunca llega...

—Sí, es cierto, mas llegará la hora de la reconstrucción patria, que así podemos contribuir a dar fuerza al abrazo en que deben estrecharse todos los pueblos latinos del continente, ya que el águila del Norte nos acecha, con más avidez, y aun más de cerca, que los buitres siempre hambrientos de la Europa conquistadora..."

p. 113-115

## Apéndice II

ROJAS, Daniel. Elvía. (Novela caraqueña). Caracas. 1912. 179 p.

"Debe saberse que Venezuela, Colombia y Ecuador poseen, cada uno, todas las zonas y abundan en café, cacao, nueces, gomas, maderas finas; tienen sabanas inmensas con millones de cabezas de ganado; son ricas en minerales, lagos de asfalto, tesoros de esmeralda, de perlas, oro y plata".

p. 105

\* \* \*

"...y en los diversos ferroviarios de Colombia y Venezuela. En esta última, un

tanto esquivar a nuestro afecto, debemos doblar la actividad para obtener la explotación de sus selvas, la apertura de canales, concesiones fluviales, propiedades de asfalto y petróleo y la navegación del Orinoco. Es indispensable que nuestra influencia invada esas y otras empresas, aunque sea indirectamente, y con cláusulas que evadan la sanción de sus tribunales, para evitarnos desconocer sus sentencias o hacerlas revisar.”

p. 108

\* \* \*

—“Usted verá que no vienen —le decía— y en todo caso ¿por qué temer el arribo de los yanquis más que el de cualquiera otra bandada de buitres humanos? A nosotros nos salva lo que a la generalidad de las mujeres: nuestra debilidad para defendernos. A fuerza de querer cogernos todos ninguno se atreve a dar el primer paso por miedo a los demás. Esto sin contar que si los del Norte se apoderan violentamente de nosotros lo que pueden ganar es la caja de Pandora que les volque su Arca de Noé. Pero que vengan cuanto antes mejor si nos traen dinero, que tanto hemos menester para acabar con el ideal de nuestras guerras, vivir tranquilos y progresar lentamente.

—A qué preocuparnos unos pocos —añadió alguien— de salvar la patria que quieren perder los más, empezando por los gobiernos industriales, los mercaderes de la banca y el comercio y los prohombres a la minuta, quienes exclaman: “lo que interesa es vivir bien el presente, de aquí a que los *americanos* vengan ya nosotros habremos desaparecido y el que venga atrás que arrée”.

p. 109-110

\* \* \*

—¿Qué estás diciendo, mi buen ángel? —interrumpió el joven con benévola incredulidad.

—Lo que oye, precisamente vengo a decirle que allá en la montaña del Llano he descubierto una gran mina de asfalto, que tiene que ser nuestra por hallarse en la hacienda.

—¿Qué! ¿de asfalto dices? ¿Cómo lo sabes?

—Porque conozco la sustancia y la he examinado antes de darle la noticia. Por eso quiero que no perdamos tiempo y vayamos los dos a verla para acusarla pronto, no sea cosa de que algún *musiú* o algún personaje del gobierno se entere y nos la quite con cualquier pretexto.

—En el acto Pedro, en el acto vamos. Esa es mi salvación.

Enrique llamó por teléfono a Elvia y le dijo que exigencias urgentes le obligaban a separarse rápidamente de la ciudad; pero que antes de veinticuatro horas estaría a su lado.

Provistos de un ingeniero de confianza, Enrique y Pedro partieron para el Llano. En balde el viejo charlaba de mil cosas distintas por el camino a propósito para distraer al amo; éste iba absorbido, silencioso, y cuando hablaba eran preguntas impacientes sobre la anhelada mina, que él veía con la retina de la imaginación extenderse, dilatarse fúnebremente luminosa, como un lago de espesas tinieblas fulgurantes, sin límites ni fondo. Llegaron a la hacienda y sin detenerse en la casa siguieron de largo bajo un sol africano hasta la mina de promisión. Al verla Enrique se asombró, como el ingeniero, de la vasta extensión betuminosa, y regresó exultado a la casa-oficina. Pasó la noche en proyectos lisonjeros, poetizados con la blanca indulgencia del astro epitalámico que parecía abogar por la dulce ausente. No diría a su novia nada del vil ánimo hasta no estar casados. Como ya se consideraba riquísimo, un año después del matrimonio, haría un paseo con ella por Europa y al volver fabricaría una casa igual o mayor si era posible, que la del suegro, para que se viera que no aspiraba a heredarlo en nada. Y tan pronto obtuviera el título de propiedad de la mina lo haría saber ostensiblemente para confundir a sus detractores solapados.

Cuando el ingeniero le presentó días después el plano y los límites, Enrique hizo la acusación legal de la mina. Y tornó a ser el novio amable, risueño, más contento que antes con la perspectiva de su próximo, completo triunfo.

Meses después era ya propietario de la famosa mina, cuyo título fue publicado en los periódicos. Notaba que ahora le acogían doquiera con viva afectuosidad; mayormente ciertos honorables viejos, ciertos herederos estúpidos cuyo Dios es el oro, y algunos libertinos elegantes le agasajaban tan empalagosamente que le inspiraban náuseas espirituales".

p. 128-130

\* \* \*

"Bustamante andaba ya ocupándose de explotar la mina, y vacilaba entre hacerlo por cuenta propia o por medio de alguna compañía extranjera de las tantas que ambulan aquí en pos de contratos y negocios del país. Una mañana subía él a su favorito paseo de El Calvario y encontró dos señores que también ascendían al parque. Reconoció en uno de ellos a un norteamericano

no que le había sido presentado en París por nuestro Ministro diplomático en momentos en que este personaje hacía pose al óleo en un taller; ya que parece que la primera obligación de nuestros diplomáticos es perpetuar, siquiera en la estampa, el uniforme y las insignias del cargo en actitud de apuesta arrogancia y bajo una mirada solemnemente conquistadora que interroga los arcanos de lo infinito.

El yanqui se llamaba Mr. John Smith, a quien Enrique saludó cordialmente. Presentado que le fue el compañero siguieron los tres reunidos a la planicie del jardín. Hablaron de las excelencias de aquel paseo, que resulta ser el más higiénicamente bello de Caracas, y de las esmeraldinas riberas del Guaire, que se veían allá abajo en frondosa confusión de todos los verdes, como algunas orillas del Nilo. Mr. Smith se mostraba anheloso de conocer las tradiciones arqueológicas, los productos naturales y las riquezas principales de la nación. Nuestro joven evocó el antañazo precolombiano y la diuturnidad de la colonia. Luego hizo alusión de los monumentos y huellas de los primeros indios que habitaron la región de Los Teques. Dijo de las reliquias de sus hábitos y de su rara cosmogonía; de las grandes piedras labradas o pulidas admirablemente; de las hachas y cinceles de piedra encontrados intactos; de los ídolos toscos que parecían distinguirlos de las demás tribus; de las diversas vasijas barnizadas o embardunadas curiosamente; de los vasos artísticos adornados con aves o cuadrúpedos; de las grandes lajas que guardaban sus santuarios, en las que esculpían con infantil iconología la imagen de algún cacique, o astros y bestias feroces; de las botijas halladas llenas de huesos humanos y de los adornos con que enterraban a los muertos; y de los variados objetos de oro aleado con plata y cobre topados en los sarcófagos. Le habló también de las innumerables clases de orquídeas o parásitas que embellecen y aroman las selvas de aquella región, desde el "pelicano" y la "góngora" de fragancia penetrante cuya eclosión de maravillosos matices arrullan y defienden gigantescos árboles hasta la clásica "flor de mayo" que cristaliza los cambiantes del iris en labelos y pétalos liliales con tonalidades amarillas, rojas, moradas, anaranjadas o rosadas, trasunto tal vez de ensueños ignotos de sílfides y gnomos dormitados en sus estrías de impolutas sedas; y de esa misma flor blanca solamente como alba vegetal que ilumina odorante la medrosa montaña.

La conversación llegó finalmente a las riquezas minerales del país.

—¡Calla! —dijo Mr. Smith— ahora recuerdo que usted es el dueño de la mina de asfalto recién descubierta de que han hablado los periódicos en estos días.

—La que está a sus órdenes —repuso Bustamante inclinándose.

—Acaso realicemos algún negocio con ella, porque represento una rica casa dedicada a esa especialidad. En viéndola yo podría comprarla, o mejor dicho, hacer que se la compren ventajosamente.

Se convino que la próxima semana irían los tres a ver el hallazgo de oro negro. Enrique refirió a don Roberto su proyecto de negocio con el norteamericano.

—Ojalá, amigo mío —dijo el señor Díaz— ojalá salga bien, porque con los yanquis ni al cielo. Debemos procurar no hacer nada con gente tan peligrosa, ponerle moralmente una especie de murallas chinescas que nos eviten en lo posible su estrangulante contacto, al menos durante el tiempo necesario para que lo neutralice bien la influencia europea y nosotros podamos ser personas de respeto por el progreso y por la confraternidad de todos los Estados Suramericanos.

En esos días se rumoraban alteraciones del orden público. Se decía que el Mocho de la Sierra o genio de la fuga, protegido por los yanquis, trataba de interrumpir nuevamente la paz. Varias correspondencias revolucionarias interceptadas por el Gobierno habían dado en La Rotunda con personalidades de circunstancias. El periódico semioficial amanecía nutrido de adhesiones y protestas de los empleados y aspirantes, como que era casi constitucional el felicitar al Presidente de la República apenas estornudaba o algo parecido. Lo cual sugería en algunos graves legisladores la idea de crear en el Presupuesto Nacional una suma destinada a gastos de representación de los servidores públicos, o acordarles permanentemente franquicia telegráfica y postal para las felicitaciones y protestas.

Estas sólitadas adhesiones de alternativa lealtad, publicadas hasta en boletines especiales, contribuían a alarmar la opinión general, que ya creía sentir ejércitos en acción por todas partes. Así las cosas los dos yanquis y Enrique aplazaron su viaje a la mina; pero cuando lo realizaron un mes después quedaron muy contentos del lago asfaltino.

Mr. Smith propuso a Bustamante comprarle la mina por ciento cincuenta mil pesos al contado y el veinticinco por ciento del producto líquido. Don Roberto encontró la oferta muy aceptable, hasta por no existir en el país dinero ni vías de comunicación regulares para explotar nuestras riquezas espontáneas, y por vivir pendientes, como ahora, de que los movimientos revolucionarios detengan o arruinen las empresas criollas, lo cual da al extranjero dobles derechos y ventajas.

Cerrado el negocio, llegó el día de hacer la escritura en el Registro público.

Esta decía en síntesis que Bustamante cedía en venta y traspaso a Mr. Smith todos los derechos y acciones que, conforme a los planos y el título de propiedad adjuntos, tenía él en la mina de asfalto descubierta en su hacienda de El Llano, por la suma de ciento cincuenta mil pesos que recibirá al contado en el acto de firmar la escritura y veinticinco por ciento del producto líquido de la mina. Ya en la Oficina de Registro y en el momento en que Enrique estaba con la pluma en la mano para estampar su firma delante de los testigos, Mr. Smith le llamó aparte y le dijo en voz baja:

—Usted excusará que yo no haya traído el dinero, porque fue en el instante de salir para acá cuando recibí el cheque con otras sumas que todavía no he revisado; pero estará en casa a sus órdenes esta misma tarde.

Bustamante se contrarió con esta advertencia a último momento; mas su exquisita cultura y hombría de bien le hicieron responder benévolamente:

—No importa, no se preocupe usted, me dará el dinero mañana o pasado.

Tres días después él no había percibido aún la suma. En cambio en la lista de pasajeros del “vapor americano” salido el día anterior para New York, figuraban Mr. Smith y su compañero. Enrique asombróse de tan singular conducta, y para persuadirse de la verdad llamó por teléfono a la Aduana de La Guaira, la cual confirmó la noticia de la Agencia Pumar. No había duda, se habían marchado llevándose la escritura firmada. En el acto Bustamante consultó el caso con el abogado que había redactado el documento.

—El asunto es grave —respondió el jurista— usted ha sido imprudente al firmar sin recibir el dinero o tenerlo a la vista. Sin embargo haga publicar en todos los periódicos que el contrato de venta de su mina de asfalto que usted firmó con el señor Smith, es nulo y sin ningún valor legal, porque él dejó de cumplir su principal obligación que era entregarle la suma estipulada; y en cambio se ha marchado furtivamente del país. Inserte este aviso en el Registro al margen de la escritura y con los mismos testigos si el posible.

Enrique procedió así incontinenti; y sulfurado refería a cada quien la infamia de que era víctima, por ese espíritu de caballerosidad crucificada que sólo subsiste en el mundo español. Vivía indignado consigo mismo, recibiendo de sus amigos por toda compasión el que había sido un calzonazos en firmar sin tener en mano la suma. Le desesperaba sobre todo la opinión corriente de que ese percance le impedía o dificultaba explotar la mina mientras no estuviera esclarecido el asunto.

—Si por algo les odio yo y debiera odiar el orbe entero a esos piratas destacadas bramaba don Roberto congestionado de indignación. Son los jesuitas del comercio político, que principian por llevar una máquina de escribir; por ejemplo, a un país, y luego se quedan con éste para defender los intere-

ses creados por la máquina.”

p. 132-39.

\* \* \*

“Un mes después de fugados los dos yanquis con la escritura, se presentó a Caracas un tal Mr. Johnson Morgan con varios ingenieros, algunos empleados y toda clase de elementos para explotar la mina. Lo supo Enrique y en el acto fue a verlo creyendo sería portador de la suma de marras quien con tal propósito venía. Con ojos desorbitados por el asombro oyó que Mr. Morgan no traía sino instrucciones para hacer la explotación del asfalto por cuenta de Mr. Smith, propietario según la escritura, reconociendo en Bustamante sólo el derecho al veinticinco por ciento del producido líquido. Nuestro birlado joven fulminó de soberbia y estuvo a punto de caerle a golpes a Mr. Morgan. Se contuvo, empero, y encalmado dijo al enviado:

—Probablemente usted no sabe la verdad de lo acontecido y no hace más que cumplir órdenes. Pero se necesita el tupé de avestruz de los yanquis para llegar al colmo de este cinismo. ¿De modo que ese aventurero, que se burló de mí villanamente, que abusó de mi decencia para escaparse sin pagarme la cantidad de que habla el documento, osa llamarse dueño de la mina y proceder como tal? No faltaba otra cosa! —Y sacando del bolsillo un periódico donde estaba el aviso conocido, prosiguió:

—Mire usted lo que yo he publicado en toda la prensa del país e insertado al margen de la escritura otorgada. Si usted quiere, intente explotar la mina; pero juro a usted y sus compañeros que pagarán con su vida la osadía sin ejemplo. —Y salió blasfemando en silencio.

El día siguiente Bustamante introdujo en el tribunal de 1ª Instancia demanda de nulidad de la escritura otorgada a Mr. Smith.

Mr. Morgan comunicó a su comitente cuanto sucedía y esperó nuevas instrucciones.

Semanas después llegó a Caracas un abogado yanqui, dízque a estudiar la legislación de la República; pero en verdad a dirigir la defensa de Mr. Smith. Basábase ésta en que Enrique había percibido la suma según el documento hecho en toda forma legal, que era el mejor recibo en esos casos y contra el cual resultaba ineficaz la prueba de testigos.

El juicio continuaba con regularidad, no obstante haber estallado la revolución del *genio del fracaso*, o consolidador de gobiernos. Bustamante consultaba con los abogados más notables, agitaba la opinión pública personalmente, por medio de don Roberto y de los periódicos; y su fe absoluta en el triunfo, su ac-



tividad diaria en el Palacio de Justicia y sus antecedentes honrados parecían augurarle el triunfo.

Susana imploraba fervorosa el éxito del joven y la condenación eterna del judío yanqui, porque según ella los yanquis son judíos ateos que dividen y subdividen la religión aspirando negociar hasta con el nombre de Dios. Elvia también confiaba en que la justicia divina inspiraría a los jueces para que devolvieran a su novio, junto con la mina, la tranquilidad y el contento que tanto merecía, ya que no la felicidad que sólo ella sabría darle.

Cierta tarde Enrique recibió la visita de un jefe de policía, que le dijo le haría el favor de seguirlo porque el Gobernador deseaba hablarle. Un poco azorado, aun cuando su conciencia no lo acusaba de nada pecaminoso, Bustamante se presentó delante del funcionario. Este le manifestó muy cortésmente que por *orden superior* quedaba arrestado mientras se verificaban unas averiguaciones relacionadas con la tranquilidad pública; y lo mandó a La Rotunda. En el momento circuló de boca en oído la noticia de su prisión con sorpresa para todo el que conocía a Enrique, ajeno en absoluto a la política, un caballero correcto. Don Roberto lo supo cuando iba entrando a su casa y aunque lo alarmó no quiso decir nada a Elvia ni a Susana, quienes en el acto fueron enteradas de la nueva por una de sus amigas. La novia no quiso creerlo al principio, mas cuando se convenció que era una triste verdad, la acometió un síncope de dolor nervioso y bañada en rocío del alma corrió a ver a su padre, quien ya había vuelto a salir estupefacto a incautarse de la penosa novedad. No pudo ver al Gobernador porque estaba *invisible*. Sólo alcanzó a saber que Bustamante yacía en un calabozo, incomunicado y con grillos. Esto lo hizo volver patidifuso a casa, donde le esperaba la ansiedad llorosa de la familia. Nada añadió a lo que sabían sino que estaba arrestado, pero con las comodidades posibles para pasar bien la noche que sería lo más que permanecería en La Rotunda, a donde lo habían llevado por un lamentable error, sin duda. Don Roberto casi no durmió cavilando hasta la madrugada sobre la causa cierta del suceso y recordando lo que son los calabozos de La Rotunda: antros pestilentes, angostos y chatos donde el preso tiene que permanecer agachado o acostado en reducido catre —paraíso de pulgas y chinches— comiendo lo que quieran darle bien registrado y aun probado, con el postre de ver y escuchar día y noche la vulgaridad sarcástica y el cinismo vengativo de los presos comunes, árbitros del *confort* torturante de aquel degredo inquisitorial, donde se conserva ilesa la barbarie de la colonia, y a donde llega el tañido llorante del reloj de catedral como un doble intermi-

tente de la libertad.

Don Roberto compadeció sinceramente al cautivo neófito. Tan pronto amaneció fue a ver unos políticos influyentes conocidos suyos. Sin embargo en el camino reflexionó:

—Para qué ir a hablar con personajes que no hablan, cuya importancia consiste precisamente en su mudez fecunda, con prestigios que no quieren gastar su desgaste disimulado; ¿por qué adular a los adulantes? Nada, “la culebra se mata por la cabeza”. Iré a ver el mismo Presidente de la República. —Se fue a Miraflores.

Por fortuna inesperada pudo llegar hasta el magistrado, quien con su estereotipada sonrisa chinesca de bondad decorativa, hallábase a la sazón en la caballeriza.

—Ya sé a lo que viene, don Roberto —exclamó el magnate al verlo acercarse sombrero en mano—. Mas antes de hablarme hágame el favor de leer esta correspondencia. —Y metiendo la mano en el bolsillo de su blusa de guarandol crudo, sacó tres cartas que entregó al inquietado viejo. Cuando éste hubo enterado anonadamente del contenido las devolvió al general quien le dijo:

—Comprenderá ahora que usted en mi caso no hubiera procedido de otro modo que prendiendo al joven Bustamante pues si bien es cierto que hasta hoy él no ha sido político activo ¿quién le dice a usted que no haya resuelto empezar ya con el Mocho de la sierra? Esos documentos prueban la complicidad de él en la revolución.

En efecto, las cartas decían que de acuerdo con las instrucciones anteriores y con el parque y demás elementos bélicos que recibiría por la hacienda del Llano, organizara un batallón con sus peones y lo pusiera al mando del general Acosta.

—Puedo jurar a usted por mi honor que todo eso es falso, una infame calumnia —respondió don Roberto lívido de indignación.

—Sí, sí, el amigo lo niega. Pero en achaques revolucionarios cuando existe la duda yo acepto lo posible y procedo. Usted sabe que el genio del fracaso o Mocho de la sierra no tiene partidarios sino entre los platónicos, quizá porque no le conocen bien.

—No quiero discutirle, general; pero sea indulgente y acepte mi fianza por la libertad de Enrique con la ciudad por cárcel.

—¿Usted quiere que yo le complazca sin detrimento de mis deberes oficiales?

—No es otro el objeto de mi presencia aquí.

—Pues bien, el joven se irá del país en el primer vapor que salga de La

Guaira.

El día siguiente Bustamante fue embarcado para New York, precisamente en el mismo vapor que llevó a Mr. Smith."

\* \* \*

"El triunfo en el juicio había sido completo tanto porque se demostró que la escritura lo que establecía era una obligación de pagar que podía ser cumplida o no en el acto de firmar, pero que siempre subsistía mientras no se hiciese efectivo el pago, cuanto porque Enrique supo cómo la falsa correspondencia que diera con él en La Rotunda y en el ostracismo fue obra de Mr. Smith, de acuerdo con el abogado yanqui, para malquistarlo con el Gobierno y alejarlo del Palacio de Justicia, y pedir el embargo provisional y la posesión de la mina. Mr. Smith escribía desde New York que si perdía en los Tribunales de Caracas su gobierno pensaba revisar la sentencia en la Corte Suprema de los Estados Unidos, o invocar ante la Administración de Venezuela los servicios que le prestara en recientes años, para que reconociera los derechos de Mr. Smith, o se le indemnizara debidamente. En efecto, pocos meses después de la sentencia, llegó una insinuación diplomática, con reticencias imperativas, para que Venezuela pagase a Mr. Smith cien mil dólares por denegación de justicia!"

p. 174-175.

### Apéndice III

POCATERRA, José Rafael. *Tierra del sol amada*. Caracas. Editorial Atena. 1918. 303 p.

"Armando los veía, bajo el sol tórrido, andrajosos, sucios, las mejillas y la nariz teñidas de achote, cruzar las calles esquivando los carruajes, a lo largo de las aceras, como últimos supervivientes de un mundo que se extingue... Los había visto también —en sus excursiones— apiñados en sus viviendas miserables, esclavos de una civilización rudimentaria que les da, junto con un trapo para cubrirse, una escardilla, un manojo de caña a moler o la palanca de una piragua. Pensaba Armando que aquellos eran los verdaderos "ascendientes", los únicos "descendientes" en la América meridional, tan acongojados desde los días de la conquista. La suerte dura de los esclavos traídos en la bodega de los barcos negreros para laborar en las minas y trabajar en la labranza acaso fue más llevadera que la de estas tribus sometidas por los españoles, pues

apenas las “misiones” de frailes compensaban de una manera relativa la torpe crueldad de las encomiendas... Los veía pasar reflejando en sus miradas la tristeza de lo que ya va a morir: Sus sandalias huellan la arena caliente como pidiéndole prestada la tierra que pisan; y todos, los viejos de rostro cuarteado y barba rala, las mujerucas maltratadas, las guarichas de semblante pícaro, los hijos de guerreros bravíos han adquirido ese aire de la renunciación, de la entrega suprema... Ya la ranchería cayó a golpes de invasión: un día, algunos “españoles” montaron sobre tres patas largas, de ave zancuda, un aparato oscuro, una especie de garza grotesca con ojos de cristal; dibujaron algo, fijaron a lo lejos una vara llena de jeroglíficos negros y rojos y entraron en la selva por donde ellos abrieron picas inverosímiles, y recorrieron la ribera a lo largo del curso de las aguas y salieron luego a la llanura, fijando estacas, encerrando en ellas la montaña, la sabana, el río paternal... En lo adelante irían por allí otros “españoles” abriendo caminos, removiendo piedras, perforando la tierra desde lo alto de torres fantásticas, extrayendo el chorro fétido, rico de grasas, el oro líquido convertido en petróleo... Estos, más duros, más crueles, más invasores —más “blancos” también— eran peores que los otros, que los primeros, a los cuales bastaba ceder el lindero de un conuco y la guaricha hermosa... En cambio daban aguardiente, abalorios, un fusil brillante... Antes éstos de ahora han tenido que huir, selva adentro, remontando el ribazo del río, abandonando las trojes, cada día a una más remota jornada... La incursión sajona seguirá, metódica, implacable, con oro, con máquinas, con fusiles, río arriba... Ya la raza no tiene sino una vida vegetativa, precaria, monótona, sin el relieve heroico de las guerras y de las grandes cacerías... Y los que habitan terrenos menos codiciados, en la labranza, el pastoreo, la pesca, quédanse en derredor de las haciendas formando pequeñas colonias o más bien hacinamiento de seres gastados, tristes, que contribuyen a las labores y arrastran una existencia de parias, engendrando más esclavos o vendiendo las primicias de sus mejores flores.”

p. 82-84.

## Apéndice IV

BLANCO FOMBONA, Rufino. *La bella y la fiera*. Madrid.

Compañía Ibero-Americana de Publicaciones. 1931. 327 p.

(Edición leída: *La bella y la fiera*. En: “Obras selectas” de Rufino Blanco Fombona. Selección, prólogo y estudio bibliográfico de Edgar Gabaldón Márquez.

Caracas. Ediciones Edime. 1958).

“En otra región, distante, gris, calcinada, bajo un sol tórrido, se levantan tiendas, barracas, casucas provisionales; y allá, a lo lejos, un puebluco miserable, dominado por dos torres de dos iglesias católicas. Es una región de petróleo; es decir, para los trabajadores, uno de los infiernos de aquel país, y para los millonarios y sus agentes, uno de los paraísos de la tierra.

Allí llegan, de cuando en cuando, camiones abarrotados de obreros, reclutados por fuerza para sepultarlos vivos en aquel infierno, y que aquel infierno abrasa y consume.

¿Qué ocurre aquella mañana que los obreros no parten, como suelen, hacia los pozos y campos de petróleo, al golpe de las siete campanadas que caen de las torres católicas? Los obreros han pedido un miserable aumento de jornal, y aquellos hombres rubios, de ojos azules, aquellos hombres que tienen en los Bancos y empresas de Nueva York, de Londres y de Amsterdam cuentas corrientes y acciones que se cifran por millones de dólares, por millones de libras y por millones de florines, se lo han negado.

Tres hombres pelirrojos, con cascos de corcho, vestidos de blanco y con quitasoles blancos, reciben, a la puerta de su casa, muy repantigados en su poderoso Roll, la última Comisión de los obreros. Por la primera vez, los tres hombres rubios y barrigones están de acuerdo. Sólo tienen una respuesta, dividida en tres:

El inglés dice:

—No.

El yanqui dice:

—No.

El holandés dice:

—No.

Y corren veloces hacia las autoridades.

Poco después de un cuartel parten piquetes de tropa. Los soldados van sacando a los obreros de sus casas, adonde se han reunido, y los van conduciendo, más bien arreando, hacia la plaza del poblachón. Allí los acorralan. Allí los cerca un cordón de tropas. Después, varios oficiales, a caballo y a sangre fría, sacan bombas de mano y las arrojan sobre los obreros. Como espigas cortadas caen los hombres, formando inmensos claros. Algunos de los obreros supervivientes echan a correr alocados. Los soldados los cazan a tiros.

Detrás del cordón de tropas se levanta un clamor inmenso: ayes, imprecaciones, llantos. Son las mujeres, madres, esposas, hijas y niños de los asesinados.

Algunos soldados caen, heridos en la espalda por los cuchillos de cocina. A la orden de un comandante, los soldados vuelven y disparan, o clavan en carne inerme sus bayonetas. Chiquillos y mujeres muerden el polvo. Quedan niños tendidos con el cráneo agujereado; mujeres con el vientre al aire y los intestinos fuera. La sangre corre y mancha el suelo, ropa, paredes. Los soldados, al correr tras de los fugitivos, pisotean, aun sin querer, a los moribundos.

Ha sido una buena jornada para el monstruo. En la noche, los periódicos hablan de una revolución comunista, debelada por la energía del impertérrito "General". El cable transmite la noticia al mundo. Agencias de información al servicio de los capitalistas, de los imperialistas y de jefes de Estado como don Tiberio Borgia, confirman el atentado comunista y recuerdan sin ironía el lema de don Tiberio: "Paz y Trabajo".

p. 838-839.

\* \* \*

"...Amo de vidas y haciendas en su país, busca fuera, ya que no puede dentro, a un señor a quien servir; y se ha puesto a las plantas de los Estados Unidos, a quienes vende el país, retazo a retazo, y las riquezas nacionales, día tras día. Se acabó el orgullo patrio. Traidor a todo, ha traicionado también la Historia. Los Estados Unidos, a su turno, lo sostienen en el poder contra los nacionales que no piensan que aquel oscuro Nerón sea el gobernante ideal para una democracia. Y, además, escriben en sus diarios: "El General es el hombre llamado a gobernar ese país. La República prospera y vive en paz, el comercio florece, la deuda se paga. A nosotros no nos toca juzgar los métodos de gobierno de aquel enérgico y eficaz magistrado."

Los Estados Unidos no son únicos en cubrir con su bandera este buque pirata. El monstruo ha sabido asociar a su nombre y al triunfo de su maldad a los representantes más conspicuos de las más conspicuas culturas. Potencias donde el respeto a la Justicia, al Derecho y a la Libertad es la norma, los mayores Poderes morales del mundo, sancionan, en una u otra forma, la conducta del malhechor. El Papa le concede el título de conde; Francia, no contenta con otorgarle la Legión de Honor, en grado eminente, a él y a sus hijos, y en menor grado a sus polizontes y verdugos, expresa, por boca de su ministro en la capital del barbarócrata y en el acto de condecorar al primogénito, verdugo de sus conciudadanos y asesino de su tío camal, que la Legión honra en aquel pecho un corazón bravo y noble. Holanda se pone de rodillas ante el émulo de Tiberio y en las colonias holandesas, a donde arriban huyendo los patrio-

tas adversarios del monstruo, se les persigue y aun expulsa. Inglaterra no se queda atrás. En alguna de sus colonias del Caribe ocurre algo semejante a lo que ocurre en las colonias holandesas del mar antillano. Un contratista inglés, personaje petrolífero con ínfulas y apoyos oficiales, lisonjea al monócrata irresponsable y bárbaro en esta forma pintoresca:

—Yo estar mocho descontento de sus pisanos, Général. Yo escochar mocho comparación Général con Bolívar. Este mocha injusticia parecerme a mí. ¿Cuándo Bolívar hacer tantas carretas... tantas carriteras?"

p. 862-863.

## Apéndice V

NUÑEZ, Enrique Bernardo. *Cubagua*. París: Editorial Le Livre. 1931. 138 p.

"He aquí lo que el poeta J. Padilla R. ha dicho de su isla:

"Margarita es tierra de flores, tierra bella, isla de perlas. Una sola perla es Margarita nacida del mar en un tierno ocaso del mes de abril. La palmera crece en sus valles, valles graciosos que sonreían al viajero".

Pero el poeta nada dice de la miseria de los labriegos, ni de sus valles áridos. Por eso Padilla y su isla se mueren de hambre.

La perla es la vida de todos. Pocos días antes los trabajadores de Margarita solicitaron la apertura de la pesca antes de que el *turbio* dañase los ostrales. No caía gota de agua en la isla. Las labranzas quedaban abandonadas y los que podían emigraban a los campos de petróleo o al Orinoco."

p. 23-24

\* \* \*

"Antonio Cedeño explica mascullando las palabras entre su gran cigarro: aquella es la Punta de Araya, el Golfo de Cariaco, Coche. Son costas que se van ocultando, serranías borrosas. Aquí en Cubagua —prosigue— hay petróleo. También habla Cedeño de la ciudad que en otro tiempo hubo en la isla y señala los escombros sumergidos. Algunas ruinas y cobertizos utilizados en la pesca recuerdan todavía los primeros establecimientos.

La boca de Cedeño se hace más gruesa partiendo en dos los rasgos abultados. Pero Leiziaga no escucha más. ¿Hay petróleo? Su memoria comienza a reunir datos, noticias vagas. En Londres se suicidó un sujeto que afirmaba la existencia de una fuente de petróleo en una isla venezolana. Desde Cubagua remitían a España un betún muy solicitado para usos medicinales. Los viejos duques lo pagaban a precio de oro. Cedeño muestra la cadena de discos

aceitosos en torno de *La Tirana*.

El corazón de Leiziaga da un salto y su alegría es apenas comparable al disimulo de Colón cuando vio allí mismo las indias adornadas de perlas. Les arrojaron un plato de Valencia y ellas dieron todas las perlas. Avanzaban en la celeste alegría de la luz, con movimientos que recordaban sus danzas. Si eran bellas lo decían sus espejos de nácar y aquel mar donde se agrupaban desnudas. Leiziaga piensa qué puede dar él tan insignificante como un plato para obtener aquéllos.

—La Osa —dice Teófilo Ortega observando los mástiles que sobresalen al otro lado del ancón desierto.

Vencidos por el día asfixiante se conjugan los torsos desnudos, y sus labios se mueven apenas:

—¿Qué hablan ahí?

Ellos se miran y le observan. Nadie ha dicho nada. Los ojos de Cedeño se repliegan irónicos. Del cigarro se desprenden pequeñas chispas. Pero cuando Leiziaga le interroga, siente la fuerza que los lanzó al uno contra el otro. Es un choque de miradas alertas donde hay algo más que desdén, más que odio. Después de la cena, Leiziaga tomó la linterna, aseguró la pistola y se fue a tierra. Los pies se hunden en el río de nácar, Rocío de mundos. De una vez podría realizar su gran sueño. En breve la isleta estaría llena de gente arrastrada por la magia del aceite. Factorías, torres, grúas enormes, taladros y depósitos grises: "Standard Oil Co. 503". Los hombres que se mueren como dormidos desaparecerían.

p. 37-39.

\* \* \*

"Nueva Cádiz fue sacudida por tormentas y terremotos, atacada por los piratas y los caribes. Cuando cesó el tráfico de esclavos los vecinos huyeron. No había ya quien llevase agua ni leña. La ciudad quedó abandonada y el mar sepultó sus escombros. Quisieron hacer una ciudad de piedra y apenas levantaron unas ruinas. Cardones. La voz de fray Dionisio suena como un eco: *Laus Deo*.

—¿Has comprendido, Leiziaga, todo lo que ha pasado aquí? ¿Interpretas ahora este silencio?

Fray Dionisio se pasó el pañuelo por el cráneo.

Pero no importa, piensa Leiziaga. Las expediciones vuelven a poblar las costas. Se tiene permiso para introducir centenares de negros y taladrar a Cubagua.



Indios, europeos, criollos, vendedores de toda especie se hacían en viviendas estrechas. Traen un cine. Se elevan torres de acero. Depósitos grises y bares con anuncios luminosos. También se lee en una tabla: "Aquí se hacen féretros". Los negros llegan bajo contrato. Los muelles están llenos de tanques. Los buques rápidos con sus penachos de humo recuerdan las velas de las naos."

p. 76.

## Apéndice VI

PICÓN SALAS, Mariano. (Vida, años y pasión del trópico).

Madrid. Edit. Renacimiento (Compañía Ibero-Americana de Publicaciones, S. A.).

1931. 174 p.

"Una misma decisión revolucionaria juntó a viejos y jóvenes en aquella pensión para asilados políticos venezolanos que mantienen en Curazao, Antilla Holandesa, las muy nombradas señoritas Aranda. Estaba entre nosotros Pablo Riolid, muchacho de los Andes, del pueblo de Cumbres, y de pretenciosa familia provinciana, que a estas horas se dolería de las locas aventuras en que aquél incurrió. Porque aunque la naturaleza de Pablo lo exponía a tales lances y él no nació para continuar la sosegada tradición provinciana de su familia, también es sabido que la política se hace de alarmantes sorpresas. El general Gómez (general ante sí mismo) maneja el país con sus macheteros andinos hace ya veinte años: hay progreso material, y las mujeres y los provincianos pacíficos se admiran de las carreteras y veloces automóviles que desde cualquier rincón de la República (montaña o llanura) conducen en horas a Caracas, cuando antes, para viajar a la distante capital, el viajero hacía testamento, en previsión de los riesgos. El general Gómez ha fomentado la agricultura y la ganadería, pues casi todas las fincas del centro de la República ya le pertenecen. ¿Cuánto dinero tendrá el general Gómez? ¿Ciento cincuenta, doscientos, doscientos cincuenta millones de dólares? Los yanquis han entrado en Venezuela merced al general Gómez. La Casa Blanca no tiene en esa región del turbulento Caribe mejor y más acucioso mayordomo. Todos los años, para una fiesta oficial del Año Nuevo, el ministro norteamericano, que, a más del sueldo de su país, acostumbra a recibir un emolumento del general Gómez, presenta a éste, en nombre de la democracia norteamericana, sus saludos y buenos votos. No hay país más amigo de los Estados Unidos que Venezuela. Los yanquis descubrieron en Venezuela una nueva riqueza bruja que estaba escondida en el fondo de la tierra y se llamaba *Petróleo*. Venezuela —dicen los

diarios del general Gómez— es el segundo productor de petróleo del mundo. Este petróleo ha enriquecido, a más de los yanquis, a los hijos, sobrinos, yernos y compadres del general Gómez.”

p. 143-145.

\* \* \*

“La vida se ha entristecido. Generaciones de hombres jóvenes no vieron en su tierra sino el terror y el espanto. “Y cuando uno salía de su provincia a estudiar Leyes en la capital —cuenta Pablo Riolid—, los familiares nos aconsejaban: No hables nunca de política. No te mezcles en nada. Desconfía hasta de tus compañeros. Teme a las asociaciones. Hay muchos estudiantes en las cárceles. Otros trabajan, con la camisa de los penados, en las carreteras estratégicas que construye el Tirano.”

“Y las Leyes, en Caracas —agrega Pablo Riolid—, las explicaban unos hombres hepáticos y entristecidos por la sumisión y hasta por el clima. ¿Qué nos podían interesar esas Leyes? Salían de allí abogados para las compañías petroleras y para los discursos bombásticos de la tiranía; otros eran cónsules, secretarios generales de los analfabetos macheteros criollos, explotadores del moreno pueblo melancólico.”

p. 147

## Apéndice VII

TORO RAMIREZ, Miguel. *El señor Rasvel*. Caracas. Editorial Universal. 1934. 94 p.

“Oh!, —suspira flemáticamente Mr. Watson sin verle gracia a la frase. Y prosigue mirando las ilustraciones de la revista industrial que constantemente tiene en las manos, su única y verdadera ocupación como gerente de la Empresa Petrolera y presidente de muchas otras empresas. Mientras tanto Rasvel, quien tampoco tiene nada que hacer como secretario, le pone a la cabeza de burro dos largos cuernos y le retoca los ojos. Piensa en la ingenuidad inglesa de Mr. Watson, en el poco alcance de sus ideas, en su falta completa de malicia. Mr. Watson es indudablemente un excelente hombre con suerte, un hombre inglés que debe aparecer de lejos superior a un hombre americano. Por eso, entre otras razones, no tuvieron inconveniente los yanquis en darle la dirección de una empresa americana. Los indios son trágicos y cualquier inglés o norteamericano puede dominarles con sólo de-

cir cuál es su patria.

A Rasvel no le pasaba inadvertido que era peligroso confiarse demasiado en la ceguera de Mr. Watson, no porque esa ceguera pudiese agotarse, sino porque los yanquis podían abrir los ojos y desconfiar del prestigio que le presuponían en esta parte del mundo a un súbdito del Imperio Británico. Era necesario luchar para sostenerlo, para que los millonarios de ultramar vieran constantemente en Mr. Watson no sólo un buen administrador de sus intereses, sino también a un hombre de claras luces y de carácter firme.”

p.7.

\* \* \*

—“Rasvel, ¿puede usted decirme qué capacidad tiene el nuevo barco? —preguntó Mr. Watson por preguntar algo referente a la gerencia que desempeñaba.

—Mil ochocientas toneladas.

A Mr. Watson le importaba muy poco que el nuevo barco-tanque tuviese cualquier capacidad.

—Y quinientas toneladas más —añadió Rasvel sin levantar la vista de su dibujo.

—¿Quinientas?

—Sí, Watson, para solucionar los problemas que necesitan solución. Y a propósito terció él mismo para impedir que Mr. Watson insistiera en el asunto.

¿Qué opina usted de la baja del petróleo en Nueva York?

De este modo lo despistaba. Mr. Watson no debía conocer las cosas sino a medias, por si llegaba el caso de reclamaciones, pero de ningún modo empaparse de ellas.

—¿A qué achacarla, Rasvel? —preguntó cansado.

—¿A qué? Igual que a todo lo extranjero. Ellos tienen muchos millones. Juegan con el petróleo venezolano porque siempre ganan. Todos juegan y ninguno pierde. El juego de bolsa es allá un gran negocio. Tentado estoy de pasarme en Nueva York una temporada para convencerme si es cierto que los yanquis tienen sesos o simplemente suerte y facilidades.

—Oh!, ¿cree usted que siempre ganan?

—Nosotros somos los perdidosos, es decir, nosotros tampoco perdemos nada.

—Alguien debe perder, Rasvel.

—Se equivoca usted, Watson. Nadie pierde. Nosotros dejamos de ganar algo que nunca podemos prever (se refiere a la Empresa), lo cual no es perder, pues esta tierra es más o menos como una vaca y la leche no nos cues-

ta nada.

—Pero, ¿y la vaca, Rasvel?

—La vaca parece inagotable, Watson. Si se agotara... oh! entonces, la frase aquella. . .

—Oh! Rasvel.

Rasvel sonreía cada vez que Mr. Watson pronunciaba con natural dulzura su nombre. Se había acostumbrado a esto como a tantas otras cosas. Era venezolano rancio, pero sin idea de patria. La patria es tierra, únicamente tierra, planeta dividido en parcelas, mientras más rica mejor.

Su trato con extranjeros le había hecho desconocer a su estirpe. Al recordar a su tío abuelo, al hombre sanguinario y valiente de mil combates revolucionarios, sentía cierta piedad no desprovista de interés. ¡Qué torpe! Es tan agradable vivir placenteramente, sin sacrificios; tener mujeres, descansar en blandos cojines, saborear buenos vinos...

Y la moral allá en el fondo, muy velada, con un manto que se le quita cuando conviene. No hay moral. ¿Qué moral pudo tener su tío abuelo derramando sangre por un ideal de patria grande? ¿Qué moral tienen los hombres honrados? Una moral *ad hoc*, adaptable a sus actos, como todas las morales. Satisfacerse primero —decía Rasvel—, y después moralizar la satisfacción, o sea, solucionarla como a cualquier desfalco”.

p. 89

\* \* \*

“Pero de esto no se cuidaba don Simón. Era como una partida de póker en la cual las múltiples combinaciones que buscaba las coronara siempre un éxito mayúsculo. Se distraía, gozaba, sentía la emoción del jugador afortunado. Un simple trazo pitagórico y chorreaban miles de bolívares para ser repartidos entre Rasvel y él. Otro trazo y se convertía en bienhechor de Guevara; otro más, y ocultaba como por encanto la laguna que cualquier empleado poco escrupuloso hubiera dejado en las finanzas de la Empresa abusando de la abundancia del petróleo en las tierras zulianas.

La vaca daba para todo. Rasvel lo había dicho. A cada nuevo taladro reventaba un pozo de miles de toneladas de oro negro, oro de las entrañas de Venezuela, del cual se habían apropiado los yanquis por un precio irrisorio. ¿Por qué no aprovecharse? Ese petróleo pertenecía a los venezolanos y sin embargo apenas podía compararse a un cántaro de agua lo que ellos sustraían de ese inmenso mar que diariamente enriquecía a millares de hombres de otra nación”.

p. 16.

\* \* \*

...Tenga entendido que yo no le aconsejo nada, absolutamente nada. ¿Me oye usted? Absolutamente nada. Para eso tiene usted su cabeza. Esta Empresa la forman diez mil accionistas yanquis, casi todos millonarios. Las acciones han centuplicado su valor. Esos tíos están podridos de dinero. ¿Por qué nosotros hemos de permitir que se lo cojan todo? Con diez o quince bolívares que le quitemos mensualmente a cada uno de los accionistas nos beneficiamos nosotros sin perjudicarles en nada. ¿Comprende usted? Esta es la base de todo, y eso no es robar. Robar es quitarle lo necesario a un pobre. ¿No lo cree usted? Uno no puede ser tan tonto. "Aprovechar sin perjudicar". El día que usted tenga ese credo será un hombre feliz".

p. 76-77.

\* \* \*

"Como experto en las negociaciones mundiales, presentía que la superproducción de petróleo traería indiscutiblemente un paro indefinido en la explotación de las minas venezolanas. Siendo los Estados Unidos el principal productor, preferiría por todos los medios detener la explotación de sus yacimientos en Venezuela con el objeto de que su petróleo no sufriera una grave depreciación.

Al suceder esto, la Empresa que Mr. Watson representaba, veríase en el caso forzoso de disminuir en un cincuenta o sesenta por ciento, si no totalmente, la explotación, y como es natural esto traería como consecuencia inmediata una notable baja en el precio de las acciones.

Tratando el asunto con anticipación, Mr. Watson podría lograr que una gran mayoría de los accionistas se asociara con otra Empresa, y caso de no ser posible esto, venderle sus acciones.

Al haber un nuevo director, Rasvel se retiraría de su cargo sin inspirar sospechas, y don Simón, de querer seguir en la Empresa, se vería forzado a llevar los libros correctamente, lo cual no era creíble.

Se aprovechó de varios artículos que sobre esta materia aparecieron en algunos diarios norteamericanos para convencer a Mr. Watson de la necesidad de no dormirse sobre los laureles, le pintó el porvenir con colores muy negros y le instó a escribir sin demora a la Empresa matriz proponiéndole una rápida negociación de sus valores.

Mr. Watson, que nunca había pensado en semejante cosa, se alarmó, y creyen-

do estar al borde de la ruina, le rogó a Rasvel se informara inmediatamente cuál era el parecer de las Empresas más poderosas de los Estados Unidos sobre el particular:

—Esto no debemos hacerlo, Watson —le dijo Rasvel sonriendo maliciosamente—, nos descubriríamos y usted no hallaría a quien venderle su parte. Mi parecer es que debemos solicitar únicamente la opinión de la Empresa matriz y aconsejarle asociarse con una compañía que garantice el valor actual de las acciones. Si no accede a asociarse, venda usted lo que tiene y despreocúpese de todo. No olvide que ya es tanto el petróleo que se explota en el mundo que dentro de poco costará más almacenar el excedente que explotar los yacimientos. Como los Estados Unidos son dueños de las tres cuartas partes del petróleo, optarán por explotar el que más les convenga, y al gobierno yanqui no puede convenirle sino el que posee en su propio territorio, aunque sea más costoso que el de Venezuela. Los yacimientos que tiene en el extranjero le quedan como reserva.

—Pero siempre tendrán su valor; Rasvel —murmuró Mr. Watson con acento compungido.

—No lo dudo, pero es un valor sepultado en la tierra. Con un paro de ocho o diez años, ese valor con sus intereses capitalizados disminuirá en un cincuenta por ciento, y eso sin contar que en ese lapso puede descubrirse un combustible de menor precio. Créame, Watson, no hay que fiarse.

Mr. Watson sufría tímidamente. Las palabras de Rasvel lo sugestionaban sin dejarle discernir. Veía encima su ruina y la de multitud de personas que confiaban en él. Era preciso tomar medidas sin pérdida de tiempo, o bien, seguir sin vacilar los consejos de Rasvel. ¡Cómo imaginar que un artículo de primera necesidad no balanceara la producción con el consumo! Más valiera procurar que todas las maquinarias del mundo se movieran por medio del petróleo: que el petróleo sirviera para todos los menesteres de la vida, desde mover la escoba casera hasta disparar balas de fusiles, cañones y ametralladoras. Era indudable que los industriales se habían ocupado poco de darle empleo al petróleo.

—¿No cree usted, Rasvel, que el petróleo puede ser de gran utilidad en las guerras?

Hizo esta pregunta inglesa, por haber pensado que aún las armas de fuego no se disparaban por medio de motores apropiados movidos por petróleo.

—¿Cómo no! —le respondió Rasvel deseando complacerle—; Ud. sabe que se empleó mucho en la guerra europea pero todos los días no hay guerras mundiales. El petróleo abunda como el agua de mar. Ya Rusia explota tanto

como Venezuela, y del mundo apenas se habrá explorado una quinta parte. Es muy creíble que en el fondo de los mares haya grandes yacimientos. Pero, apartando esto, el consumo de petróleo tiene que basarse en las industrias y en los usos domésticos. Yo no dudo que algún día se empleará hasta para fabricar tinta de escribir. En la actualidad lo consumen millares de industrias, y sin embargo, empieza a haber un excedente. Ese excedente es un peligro, pues si se deja de explotar habrá un capital muerto y si se sigue explotando y almacenando, el capital paralizado será mayor.

Estas razones le parecieron a Mr. Watson de gran peso. Durante muchos días discutió el punto con Rasvel y también con los gerentes de otras Empresas similares que poseían grandes yacimientos en territorio venezolano. Estos fueron del parecer de Rasvel, pero creían que el asunto no fuera tan alarmante. Aún podía esperarse mucho tiempo antes que la superproducción pudiera causar daños graves a la explotación en Venezuela. Si había superproducción, bajaría el precio del combustible, pero aumentaría el consumo. Se formarían asociaciones de empresas petroleras para fabricar aeroplanos, automóviles y toda clase de utensilios a un precio ínfimo o regalados, pues lo interesante es el consumo. Un automóvil —afirmó uno de los gerentes—, consume de doscientos a trescientos dólares anuales de gasolina. Un trust petrolero, podría, llegado el caso, vender aeroplanos, automóviles, cocinas, etc., con descuentos de cuarenta o cincuenta por ciento y de este modo se beneficiaría enormemente. Lo indispensable es buscar la manera de que todo ser en el mundo pueda tener un aparato que consuma petróleo. Cuando llegue ese momento, la producción no dará abasto y el precio de cada galón de petróleo será doble o triple del actual.

Esto consoló en parte a Mr. Watson, pero Rasvel le hizo dudar de que llegara el día en que las empresas petroleras asociadas pudieran regalar motores, cocinas y otros artefactos. La competencia le impediría a las grandes empresas asociarse y formar un trust. Además, era muy posible que las utilidades no le permitieran al trust hacer semejantes desembolsos que no bajarían de varias millaradas de dólares.

—¿Y de dónde las sacarán, Watson —terminó preguntándole—. Con eso no lograrán sino perjudicar a otras industrias, y el remedio sería peor que la enfermedad. Si usted regala automóviles y cocinas para que le consuman petróleo, tiene que pensar que esos automóviles y cocinas no son eternos y que dentro de un año tendrá que regalar otros, pues nadie querrá andar en automóviles viejos ni cocinar en cocinas defectuosas pudiendo adquirir una y otra cosa a un precio ínfimo. Y no sólo esto, sino que los actuales fabricantes de au-

tomóviles, cocinas, etc., irían a la bancarrota en un par de meses y el trust petrolero se vería en el caso de fabricar todos los automóviles y cocinas que se consumen en el mundo. Es de suponer que semejante negocio no tiene nada de halagador y que no habrá bastantes tontos en el mundo para acometerlo”.

p.82-85.

## Apéndice VIII

URIBE PIEDRAHITA, César. *Mancha de aceite*. Bogotá. Editorial Renacimiento. 1935. 138 p.

“Es difícil trabajar aquí, como usted lo habrá visto. No podemos conseguir obreros si no se está “muy de acuerdo” con el jefe civil y con otros empleados oficiales. Los políticos los parásitos... todos quieren vivir de nuestro trabajo y a costa de los capitales extranjeros... Es necesario que nos adaptemos a los usos de los latinos. Son muy simpáticos, demasiado simpáticos, adorables, pero no saben trabajar. No saben qué hacer ellos con sus petróleos y no quieren que nosotros les... ayudemos. “Malditos “gringos” y “musiuses”, hay que sacarles la plata”. Esto lo dicen pero... son muy simpáticos. Bastardos!

—Poco sé yo de lo que pasa en las petroleras, señor McGunn. Trabajo como médico y exclusivamente en mi profesión. Para mí son lo mismo unos que otros. Procuero servir y ganar honestamente mi vida. De lo demás aún no sé nada.

—Esto es exactamente lo que yo creo debe ser un hombre: eficiente, trabajador y no importarle nada más. Al infierno con los romanticismos y las consideraciones de otra índole. Petróleo! Petróleo es dinero, dinero es lo único que puede dar bienestar. Después, al diablo con Sudamérica y con todos estos piones y agentes zalameros y traidores. Usted está en la razón, doctor: Gustavo interrumpió manifestando que había interpretado mal sus palabras, pero McGunn hablaba en nombre de la mayoría de sus compañeros.

—Usted no es de esta tierra, doctor. A usted qué le importa lo que suceda aquí. En eso tiene usted razón como la tengo yo y la tienen los americanos que aquí trabajamos con el fin de sacar de la tierra una riqueza que esta gente no conoce y no sabe cómo explotarla ni para qué sirve”.

p. 18

\* \* \*

“Al llegar Gustavo al corredor del único bar de la aldea, ya las mesas estaban ocupadas por los empleados más o menos rubios de las compañías petrole-



ras. Menudeaba el "whisky and soda" y un penetrante olor a cigarrillos perfumados bañaba el ambiente caluroso. Gustavo buscó aislarse en una mesa apartada. Webber, Govard, Palmer y otros hombres lo asediaron con sus invitaciones. Dejaban traslucir la protección de hermanos mayores.

—Como usted decía, Webber, doc. Echegorri sufre de un complejo de inferioridad. Vive diciendo que es igual a estos hombres de aquí abajo... Usted, doc., tiene una educación, es rubio y habla inglés. Cómo puede llamarse latinoamericano?

—Además, creo yo que doc. Echegorri se distingue de estos otros hombres porque no es tan simpático. Hell... muy simpáticos. Pero son unos pillos...

—En los campos de Falcón encontré mucha gente simpática. Como no hay nada qué comer, fuera de cactus espinosos, los burros arrancan las espinas con los dientes. Están siempre riendo. Los burros son muy simpáticos aquí abajo.

Sonoras carcajadas celebraron el chiste del señor Palmer. Gustavo miraba a los petroleros. Sólo por el gancho de su ceño fruncido comprendíase la repugnancia y la rabia que le rebosaba.

—Bebo con ustedes. Pero les ruego que mientras yo esté aquí no se hable de mi gente con desprecio y mucho menos con compasión. Es verdad que nunca llegaremos a entendernos. Puede que seamos diferentes, que tengamos puntos de vista opuestos. Pero en el fondo los hombres no se diferencian en nada unos de otros.

Gustavo miraba a los orgullosos extranjeros y sonreía íntimamente al recordar lo que una tarde dijo a Peggy: "Los americanos de su tierra, señora McGunn, son hombres que se ponen el cinturón por debajo del ombligo, hablan por las narices, mascan goma y toman whisky. Esto los hace parecer absolutamente singulares y únicos".

Desde la calle mal empedrada con toscos guijarros arrendodeados, algunos peones boquiabiertos admiraban la capacidad alcohólica de los amos extranjeros. Como no entendían aquel lenguaje nasonado, querían adivinar en las palabras o sonidos incomprensibles, extraordinarias revelaciones de ciencia o de poder. Admiraban la prodigalidad de aquellos peones rubios que ganaban centenares de dólares extraídos de un suelo estéril que a duras penas podría sostener hambreados a los pobres campesinos. Seguramente aquellos hombres eran extraordinarios! Ganaban quince dólares de jornal cuando el peón apenas recibía cuarenta centavos".

p. 33-34.

\* \* \*

La primera excitación de la embriaguez comenzó a diluirse en la calma de la tarde roja. Peggy se recostó suavemente sobre el pecho del médico y buscó refugio bajo su brazo. Una temura inesperada apagó los ardores de su carne. Comenzó a hablar con voz llena de mimos:

—Sí, querido, tú tienes razón. Pero, no abonas nada a estos hombres que se sacrifican buscando el petróleo? No ves que se mueren muchos? No ves que dejan sus casas y sus tierras familiares...? Las compañías también hacen bien, hacen mucho bien. Ayudan a levantarse el país donde trabajan. El mismo Rockefeller paga la sanificación de estas tierras. No es cierto?

—Precisamente porque los hombres se mueren en los pantanos buscando petróleo. Porque las compañías hacen alarde de beneficiar a los nativos e imponen un sistema de sobornos que cubre desde los altos personajes del gobierno hasta los más infelices servidores públicos. Por toda esa trama sorda que sospechamos. Porque usan los hombres como simples cartuchos de tiro al blanco y desechan el cascarón. Porque han hecho de este pueblo y de todos los que tienen el infortunio de poseer petróleo, unos pueblos esclavos. No ves Peggy? Por eso siento rencor y despecho. Tú no comprenderás nunca”.

p. 60-61.

\* \* \*

—“Termine su carta, doctor; que yo lo espero... Me choca molestarlo tanto, pero es que Juan Antonio está muy malo y quiere que usted vaya a verlo... Yo... le decía que... francamente, los peones no saben corresponder a los esfuerzos que uno hace para que las compañías... este... mejoren las condiciones... este... —¡Vamos ya! —interrumpió el doctor Echegorri.

A lo largo de callejuelas carcomidas por arroyos profundos, tropezando en raíces y fragmentos de cactus, anduvo el médico guiado por el mulato Anselmo. Chozas miserables y barracas desparramadas por el campo inculto, cenagoso, componían el barrio de los obreros nativos. Alguna tenducha mal alumbrada vertía una luz sucia sobre el arroyo lleno de basura y detritus de naturaleza indescriptible. En el paisaje flotaba un olor penetrante de cubil y de materiales fecales.

—Por aquí, doctor; siga por este ladito para que no se caiga al caño... Aquí no más está Juan Antonio...

A la orilla de una charca con emanaciones de alcantarilla se deshacía la choza donde estaba Juan Antonio, el mulato coriano. A la luz del candil humeante, Gustavo alcanzó a descubrir un cuerpo semidesnudo tumbado en el chinchorro.

—A ver, Juan Antonio, qué te pasa?

—Ya ni sé, dotol. Tanto tiempo aquí comido por la jiebre... ya no puedo saber qué éh lo que me duele... Me duele todo. No tengo aliento.

Del pobre mozo no quedaba nada. El esqueleto prendido al vientre hinchado como una vejiga llena de agua. Una araña monstruosa, un pingajo de hombre. Gustavo trató de animar al vencido y prometió enviarle algunas drogas mientras volvía... “.

p.99-100

\* \* \*

“Sin ningún nexo con las compañías explotadoras, libre y solo, podía acercarse a la clase que daba su sangre para que los amos la cambiaran por petróleo. Conocía muy cerca los modernos sistemas de esclavitud y de explotación. Penetraba en los secretos de los pagarés y de los bonos timbrados con el sello del comisariato. Vigilaba a los Anselmos, a los aparentes provocadores, a los seudosocialistas, a los parásitos... Conocía ya el vasto sistema de espionaje y de soborno que descendía desde las oficinas de la Superintendencia, trepaba hasta Caracas y se enredaba en el Congreso para envolver íntegramente a la nación. La correspondencia con Colombia, los fragmentos de periódicos, las noticias de concesiones y contratos, todas las artes y sutilezas de los agentes y observadores, decíanle que los tentáculos del pulpo llegaban más allá de las cuestiones políticas e industriales, atenazaban al trabajador, lo explotaban y escurrían, en beneficio de unos pocos.”

p.101-102.

\* \* \*

“La ensenada era algo menos que una charca de bajo fondo que se hundía por entre juncales y manglares untados con el lodo de la marea alta. El pantano se perdía en los rastros y hedía a mariscos rancios. Extensas lagunas bañaban la marisma en descomposición. Sólo algunos islotes húmedos podían ser habitables. Aquí y allá se aplastaban contra el sueño las barracas de algunos moradores.

—Allá, vea. Allá está la casa de los maracuchos que recogieron a Salvador; Sinforoso vive más adentro.

Un vaho ascendía de las charcas. El bosque sudaba por todos los poros y se envolvía en una niebla imprecisa, a un tiempo diáfana y espesa. Zumbaban los mosquitos en las sombras y los tucanes en la profundidad del bosque gritaban su canto monótono.

—Entramos por allí, por el pie de aquel palo seco más grande...

En las chozas había lumbre. Los chiquillos se acercaron a la orilla. Había mujeres con pechos enjutos y flácidos y caras manchadas.

Mujeres y niños pálidos, delgados o edematosos.

Salvador tenía los ojos hundidos y el vientre abultado. Apenas podía hablar por entre los dientes lamosos.

—Un mes ya en esta “maca”, doctor; ni me aliento ni me muero... Si me pusiera algunas agujas de quinina o de algo... Y a ver si me alivia esa úlcera de la pierna...

Salvador había trabajado en Onia, en Boscán y en Los Barrosos. Ya no podía trabajar más y fue despedido. Esa era la suerte de todos, de millares de peones. Los cartuchos vacíos, los bagazos del trapiche tremendo. Salían sin sangre después de pasar por el servicio de las petroleras.

En otras barracas había más hombres inutilizados, muchos habían muerto allí. Otros caían en los hospitales de Maracaibo o volvían a su montaña a expectorar los pulmones. Los demás... a las carreteras a trabajar apaleados por los capataces. Había una extraña relación entre los petróleos extranjeros y las carreteras oficiales.

Sinforoso dormía en el suelo. El cable de acero que días antes lo había envuelto en su espiral arresortada, habíale roto la pelvis y desgarrado la vejiga. Orinaba sanguosa fétida y tenía fiebre. Julio y Máximo, Rubén, el cojo Lucas y muchos más, que se habían retirado al caserío, agonizaban lentamente deshechos por la disentería, quemados por la fiebre, ahogados por los edemas y los derrames serosos. También en San Fernando morían muchos hombres, pero la tragedia del caserío de “La Honda” tenía un aspecto único. Allí entre los matorrales junto a la manigua, el desamparo y la muerte roían los cadáveres vivientes de una decena de hombres”.

p. 111-112.

\* \* \*

—“Dotol, los piones van pal Comisariato. Ya llegaron a los alambrados. Van a

reclamar...

—¡Qué brutos! rugió Félix Yo voy con usted, pero no corra mucho.

Del lado de la reserva extranjera se oyeron algunos disparos.

Corrió Gustavo. Lo seguían Martín, el coriano y el cojo Félix.

—¡Qué brutos! ...¡Ah carajo! Yo no puedo correr... yo voy con usted, médico, no me dejen botao. Carajo! Qué brutos!

Nuevos disparos.

—Por aquí —dijo Martín. Echemos por el atajo y salimos al pie de los alambras.

—Por aquí, doto! A ver Feles pasá por aquí.

—Qué brutos! Carajo! Ave, María!

De las ventanas y cercas del Comisariato seguían disparando. Seguramente al aire porque no había caído ningún obrero, pero la masa inerte retrocedió poco a poco hasta dejar un trecho entre el frente y las alambradas. Gustavo apareció por el flanco y se adelantó con sus amigos hasta la cancilla. El reflector lo enfocó. El cono luminoso lo deslumbraba. Gritó hacia la casa. Mandó a la gente que se retirara. Volvió a gritar:

—¡No tenemos armas! Queremos hablar con McGunn! Sin armas!

Estrujó los cerrojos. Varios tiros retumbaron en las cañadas y el médico creyó oír el tuing de un proyectil. Se escurrió por debajo de los alambres barbeados. Sus amigos le siguieron y se adelantó por el sendero, hacia el edificio. Otros hombres se aventuraron a pasar. Gustavo, Martín, el coriano, el cojo Félix iban delante, con las manos en alto.

De repente el reflector los recorrió a todos y se oyó el traqueteo de la ametralladora. Los proyectiles marcaron en el suelo, a pocos metros delante del grupo, una línea de tierra rizada.

—¡Vamos sin armas! No disparen!

El reflector volvió a repararlos y una ráfaga continua como una guadaña, resonó desde el piso alto. Cayeron los hombres del frente cegados por la metralla. Félix dio un grito y cayó de espaldas. La pierna de palo quedó cogida entre dos piedras. Martín se dobló sin protesta. El coriano rodó escarbando el suelo. Y el médico... abrió los brazos, se dobló primero hacia atrás y luego se retorció sobre las piernas y aró el suelo con la cara. Hilos de sangre que manaban de su boca corrieron sobre las yerbas y penetraron en el suelo. Los brazos en cruz abrazaron la tierra... La sangre siguió corriendo en hilos tenues y calientes, desde su pecho, al través de sus labios hasta bañar las matas y empapar los terrones sedientos."

\* \* \*

“Saltó la torre envuelta en un torbellino de llamas. El fogonazo iluminó la tierra y encendió en el lago relámpagos de sangre. Un chorro de fuego disparado contra las nubes se derramó sobre los tanques y corrió por los senderos y a lo largo de las cañerías repletas.

A la explosión siguieron otras.

Nuevos cráteres vomitaron aceite encendido sobre el Comisariato, los jardines y las casas, por entre los depósitos y las filas de tanques, hasta la refinería que saltó como un polvorín.

Un semicírculo de fuego envolvió la colonia de San Fernando y fue cerrándose sobre el lago que temblaba sacudido por el reflejo fantástico de los chorros encendidos.

Las tuberías relamidas por las llamas, reventaron, se torcieron como raíces y por las bocas fracturadas escupieron torrentes de fuego líquido y de gases explosivos.

El fuego mordía las nubes con sus dientes rojos.

El fuego abatió las torres, devoró los edificios y corrió desbordado por las colinas hasta el lago. Hervía el agua en los arroyos. Todas las casas ardieron como yesca y estallaron en pavesas que volaron entre el humo que ascendía hasta las nubes alumbradas por la tea del incendio.

Entre el aletear de las llamas corrieron los corceles de fuego sobre la selva sacudiendo las crines llameantes. Azotaron las hojas, retorcieron las ramas y encendieron antorchas en las copas de las ceibas, y fogatas en la manigua enmalezada.

El agua hervía en sus senos profundos, se quemaba en las crestas de los borbollones y subía en vapores a juntarse con el humo enrojecido.

La pira simbólica se ensanchó por la tierra, sobre el lago y disparó contra el cielo sus lenguas erizadas de saetas.

La hoya petrolífera amenazaba convertirse en un horno, quemarse en holocausto de venganza, de muerte y purificación.

El fuego siguió gritando y el agua y la tierra gimiendo.

El fuego devoró la Mancha de Aceite!...”

## Apéndice IX

SUBERO, Efraín. *Campo Sur* (Apuntes para una novela que nunca escribiré).

Caracas. Ediciones Ancla. 1960. 24 p.

“Todavía no son las cuatro. El silencio es más denso. La soledad más ostensible. Nadie transita por las calles de asfalto. Ocasionalmente vehículos de la Compañía transitan con fugaz estrépito.

Se entra a San Tomé rozando necesariamente la acerada piel de unos tubos tendidos horizontalmente sobre un foso. Práctica manera de indicarle al ganado —y a la gente también— que allí termina la sabana y comienza el campo petrolero.

Sorprende en primer lugar la uniformidad de las viviendas. La Compañía dispone su forma y su color: Las destinadas a los solteros son idénticas las unas a las otras. Las destinadas a los casados, también. No obstante existen mínimas diferencias. Grandes diferencias. Extraordinarias diferencias.

En las casas destinadas a los obreros la diferencia es una pieza más o una pieza menos. Están unidas por el cordón umbilical de una pared de concreto que no logra impedir que los ruidos de la media casa donde vive una familia, se escuche en la otra media casa donde vive la otra. Por otra parte, el pequeño corredor frontal también tiene que ser compartido a medias. Si los niños son tremendos o si hay disgustos vecinales, no queda más remedio que levantar un tabique de por medio.

Los *mensuales*, los del *bolívar roll*, viven mucho mejor. Poseen pequeñas casas individuales deliberadamente separadas unos cuantos metros las unas de las otras.

En fin, hay una iglesia, una escuela, un stadium y un club.

Esto es llamado *Campo Sur*.

\* \* \*

Los altos empleados de la compañía viven muchísimo mejor: Ocupan el llamado *Campo Norte* o *Staff Camp*, separado del *Campo Sur* por altas y fuertes alambradas. Aquí viven en su totalidad los norteamericanos y los venezolanos —altos jefes, empleados de confianza— la mayoría de ellos completamente americanizados ya.

Las casas aquí no son tales. Constituyen cómodas quintas amuebladas, con todas las exigencias modernas. Magníficas residencias rodeadas por bellos jardines cuidados por obreros pagados por la Compañía.

También hay aquí otro stadium, una escuela para americanos y otra para los hijos de los empleados venezolanos; un club que cuenta con piscinas para adultos y niños. No hay otra iglesia, porque en la de *Campo Sur*, los americanos tienen su lugar reservado.

Para poder entrar en *Campo Norte* –aun los empleados de la Compañía– tienen que esperar que los vigilantes bajen una fuerte cadena, y firmar una planilla en la cual se registra la matrícula del vehículo.

\* \* \*

Y esto es San Tomé, capital de mi historia. Nombre de una aldea indígena que desapareció hace muchos años.

En el lugar donde existió esa aldea, cultiva sus gusanos un hosco cementerio!

p.8-9.

\* \* \*

“Muy pronto la ropa kaki estará húmeda de sudor y bañada en aceite. Muy pronto el peligro será otro mal compañero trepado a la complicada plataforma donde no tan sólo se teme al prematuro reventón del pozo sino al arru-me de tubos que puede deslizar o a la pesada mole que cierra mecánicamente el tubo de perforación y bajo la cual pueden morir aplastados al menor descuido del juincherero. Todavía otro peligro: la cuerda tensa, que da vueltas a las roscas que agarran la cabeza del tubo. Todavía otro: la guaya del carrete que varias veces ha reventado ya mutilando al primero que agarra por delante. Y todavía otro más, unos metros lejanos pero no por eso menos temible: ¡las calderas! Los dos inmensos óvalos de hierro que no resisten sino determinada temperatura. En la guardia de cuatro a once en la de once a tres, ellos saben que si el fogonero se queda dormido unos minutos, volarán por los aires en pedazos y que apenas si la inmensa cabria quedará de pie, como demostrando su extraordinario poderío, su inmovible omnipotencia”.

p. 20.